EL HOMBRE QUE VOLVIÓ DEL SILENCIO

Durante muchos años en mi casa no se mencionaba la palabra guerra.

No porque no hubiera habido guerra, sino porque la guerra estaba sentada en la mesa con nosotros. Se sentaba en la silla de mi padre, en su espalda un poco vencida, en la manera de mirar el plato antes de comer, como si aún tuviera que pedir permiso para llevarse el pan a la boca. Estaba en sus silencios, que no eran los silencios de quién no tiene nada que contar, sino los de quien conserva dentro una habitación cerrada y sabe que, si abre la puerta, no saldrá de ella sin perderse.

Mi padre hablaba a veces. Poco. Una frase mientras pelaba una naranja. Un nombre dicho al pasar. El recuerdo de una noche helada, de unos zapatos llenos de barro, de la sopa que no llegó. Después callaba de golpe, como si alguien hubiera apagado la luz.

Yo aprendí a no preguntar demasiado pronto.

Había nacido tierra adentro, en una casa pobre donde mi abuela sabía administrar los días como se administra una escasez: con paciencia, con manos rápidas, con la esperanza pequeña que no debía gastar demasiado. Mi padre era casi un niño cuando lo llamarón a filas. No tenía edad para haber acabado de entender el mundo y, sin embargo, el mundo ya se disponía a devorarlo.

Mi abuela, que ya adivinaba el peso de la tormenta en el aire, dejó que las lágrimas quebraran su silencio al llegar la mala nueva. No lloró delante de él, contaba mi padre. Las madres de entonces tenían una manera severa de querer: apretaban los labios, preparaban un hatillo, remendaban una camisa y guardaban las lágrimas para cuando los hijos salían por la puerta.

—— Tu abuela me miraba como si ya estuviera muerto — dijo una vez.

Lo dijo sin reproche. Con aquella voz de quien contempla una fotografía vieja y reconoce, en el muchacho de la imagen, a un desconocido.

Le tocó el bando republicano, como les toca a los hombres la lluvia o la enfermedad: sin haberlo elegido verdaderamente. Marchó con otros jóvenes, algunos vecinos, otros recién llegados de pueblos cercanos. Iban con miedo, pero todavía no sabían llamarlo miedo. Lo llamaban deber, órdenes, patria, compañeros. Grandes palabras para cuerpos tan jóvenes. Después vinieron los frentes.

Mi padre no hablaba de heroísmo. Nunca habló de victorias. Cuando alguien, en las conversaciones de los domingos, se exaltaba hablando de banderas, de generales, de glorias o derrotas, él bajaba los ojos. En la guerra, parecía decir aquel gesto, no hay gloria. Sólo barro. Sólo hombres que tenían una madre. Sólo cuerpos que dejan de ser cuerpos y se convierten en un problema para los vivos.

Hablaba del hambre.

No del hambre como se habla de ella cuando uno tiene la despensa llena y recuerda un mal día, sino de un hambre que pensaba por ti. Un hambre que te despertaba antes que los disparos y se quedaba a tu lado incluso al dormir. Contaba que había días en los que una corteza dura, encontrada quién sabe dónde, se repartía entre varios. Que bebían agua turbia. Que el frio no entraba por las mangas ni por las botas, sino directamente por los huesos.

—— Ese frio no se iba nunca — murmuraba.

Y yo miraba sus manos. Eran manos de hombre mayor, manos que habían trabajado toda una vida, con los nudillos ensanchados y manchas oscuras en la piel. Pero de pronto podía imaginarlas pequeñas, casi infantiles, buscando algo caliente, agarradas aun fusil demasiado pesado.

Luego fue hecho prisionero.

Las tropas franquistas lo llevaron a un pequeño pueblo del norte. A un recinto de piedra que él llamaba fuerte. Tal vez lo fuera. Tal vez fuera otra cosa. En las historias de mi padre, los nombres solían perder sus contornos. Lo esencial no era el nombre del lugar, sino la sensación de encierro: muros húmedos, el aire espeso de demasiados hombres, pequeños

agujeros en la piedra por donde entraba una luz pobre, una luz que no servía para ver el horizonte.

Dos años.

Dos años mirando la vida desde aquellas oberturas minúsculas. Dos años sin saber si fuera alguien pronunciaba su nombre. Dos años aprendiendo que un hombre puede acostumbrarse a casi todo, incluso a la humillación, pero que nunca se acostumbra a esperar una sentencia.

Mi padre no describía las noches de la prisión. Decía: “Allí se oían cosas”.

Nada más.

A veces, en el silencio que seguía a aquella frase, yo pensaba que las cosas eran gritos. Pasos en un pasillo. Un cerrojo. El nombre de alguien pronunciado al otro lado de la puerta. Quizás eran plegarias. Quizás un hombre llamando a su madre con una voz tan baja que nadie podía ayudarlo. O quizás eran simplemente los cuerpos respirando, tantos cuerpos juntos, empeñados en continuar hasta el día siguiente.

Llegó su juicio sumarísimo.

En algún cajón de la casa existió, según él, una partida de defunción. Un papel con su nombre, con una fecha, con la decisión fría de que su vida debía terminar. Yo no la vi, o quizás la vi cuando era demasiado joven para comprender lo que significaba. A veces imagino aquel documento amarillento, doblado muchas veces, con las letras oficiales tratando de convertir a mi padre en un asunto concluido.

Un hombre muerto antes de morir.

Puede que él mismo lo destruyera. Hay papeles que uno no guarda porque contengan el pasado, sino porque contienen una amenaza. Una sentencia puede seguir fusilando muchos años después, cada vez que alguien la lee.

La mañana señalada para la ejecución, lo sacaron con otros.

Mi padre hablaba de aquello como quien cuenta un sueño ajeno. Decía que el amanecer tenía un color enfermo. Que no sentía las piernas. Que de pronto, dejó de pensar en sí

mismo y pensó en mi abuela. No en su rostro entero, sino en una cosa mínima: sus manos cosiendo, el sonido de la aguja atravesando la tela. Tal vez el miedo hace eso: no nos devuelve grandes ideas, sino los detalles humildes que nos sujetan al mundo.

Le pusieron frente al pelotón.

Él nunca quiso explicar qué sintió al mirar a los soldados. Quizás no los miró. Quizás cerró los ojos. Quizás vio detrás de los fusiles, los agujeros del fuerte, la luz breve entrando por la piedra.

Entonces, según sus propias palabras, el mando que debía ordenar el fuego dijo:

—— Que los mate Dios, que los ha creado.

Y no hubo disparos

Durante un año le llevaron luto. Mi abuela, que lo había despedido como si ya estuviera muerto, terminó creyendo que lo estaba. Imagino a mi abuela vestida de negro. Imagino que guardó alguna camisa suya, que pasó la mano por encima de la tela, que se preguntó si habría tenido frio. Las madres se hacen preguntas para las que nadie les concede respuesta.

Regresó de donde tantos no regresaron. Volvió con hambre en la memoria, con frio en los huesos, con una sentencia que acaso guardó un tiempo entre sus cosas. Volvió para ser un hombre severo a veces, callado muchas veces, vivo siempre a pesar de todo.

Y cuando pienso en él, no lo imagino frente a un pelotón. Lo imagino saliendo de aquella casa de una pequeña ciudad, muy joven, con un hatillo pequeño y la mirada de mi abuela siguiéndolo desde la puerta. Lo imagino sin saber que iba a perder tantos años, que iba a morir en los papeles y en el luto de los suyos, que iba a sobrevivir por una frase dicha por un desconocido.

Lo imagino caminando hacia una guerra que todavía no sabía nombrar.

María Teresa Salanova